

RELIGIÓN: HISTORIA DE UN CONCEPTO

JOSÉ J. ALEMANY

Universidad Pontificia Comillas, Madrid

ERNST FEIL, *Religio. I: Die Geschichte eines neuzeitlichen Grundbegriffs vom Frühchristentum bis zur Reformation* (Forschungen zur Kirchen- und Dogmengeschichte 36), Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1986, 290 p., ISBN 3-525-55143-6; *II: Die Geschichte eines neuzeitlichen Grundbegriffs zwischen Reformation und Rationalismus (ca. 1540-1620)* (Forschungen zur Kirchen- und Dogmengeschichte 70), Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1997, 372 pp., ISBN 3-525-55178-9.

La reciente aparición del segundo volumen de esta notable investigación, y el hecho de que esta revista no se había ocupado de ella hasta el momento, reclama con toda justicia llevar a cabo una información valorativa del conjunto de la obra publicada hasta ahora, en espera de que el autor nos entregue también, como lo deseamos vivamente, el tercero y último, que abarcará los siglos xvii y xviii.

Ernst Feil, profesor de Teología Fundamental en Munich e internacionalmente reconocido como el más relevante nombre católico en los estudios bonhoefferianos, ha llevado a cabo con ella una empresa verdaderamente admirable. Movido por el deseo de explorar la constitución del concepto de «Religión» en la Edad Moderna, cayó pronto en la cuenta de que tal propósito exigía rastrear los precedentes del mismo desde los orígenes del cristianismo y hasta que, efectivamente, queda consolidado con el advenimiento de la modernidad; un intento, por cierto, que apenas ha contado con cultivadores solventes en los círculos representativos de la investigación religiosa.

Fácil es imaginarse las implicaciones y complicaciones de tal ampliación de horizontes. Formalmente suponía diseñar el itinerario a seguir, estableciendo selectivamente pero sin dejar lagunas las etapas más significativas, incluso allí donde, por hipótesis, el concepto todavía no había alcanzado el contenido posterior y cuasi-de-

finitivo; pues el recorrido había de mostrar hasta qué punto carece de base la difundida opinión de que el concepto se deja documentar, casi sin quiebras, al menos desde el agustiniano «De vera religione». Es bien sabido que ni siquiera la continuidad en la utilización de un vocablo basta para asegurar que sea portador de idénticos significados; cuanto menos si ni siquiera es tan incuestionable la ocurrencia del mismo. A fin de salvaguardar en lo posible la genuinidad de los contenidos, el autor utiliza normalmente el término «religio»; con ello señala que no debe ser entendido sin más como equivalente a «religión». Materialmente, por otra parte, el acceso y consulta de las cuantiosas fuentes requería dominio adicional de filologías tardolatina, medieval, germánica, además de topar con los problemas propios de las limitaciones bibliotecarias.

Partiendo de la conciencia de la diversidad de contextos históricos y de intereses para la fe cristiana en que el concepto de religión ha sido utilizado, Feil sigue el método de no contentarse con referir y comentar las citas en que la palabra «religión» aparece, sino en aportar extensos fragmentos de las obras estudiadas, con lo que se asegura mejor su comprensión, el peso y la frecuencia que ostenta en la obra en cuestión. Otros criterios metodológicos, que manifiestan las cuidadosas cautelas del autor, son poner de relieve sea las formulaciones alternativas, que aluden a lo que modernamente se llamaría religión bajo otras designaciones, sea la ausencia del término allí donde parecería obvio encontrarlo. Finalmente, ha optado por presentar individualizadamente a los diversos autores con el fin de garantizar mejor la precisión y comprobación de sus datos, aceptando el riesgo de que se incida en algunas reiteraciones al coincidir varios en un mismo contenido del concepto estudiado. De todas formas, tras cada pequeño grupo de nombres se introduce una recapitulación que permite completar sintéticamente y en una panorámica más compleja los resultados de la consideración analítica.

Con el fin de que el lector esté alertado sobre matices o acentuaciones que le salgan al paso en el recorrido histórico, Feil antepone a éste, anticipando en líneas generales lo que había de presentar circunstanciadamente el segundo volumen, los rasgos esenciales del concepto moderno de «religión». Este es, lógicamente, aquél con el que el lector actual está más familiarizado: religión como «supraconcepto» que abarca todas las representaciones, actitudes y acciones frente a una realidad superior, independientemente de cómo se designe ésta; pero también como designación de la referencia o relación del hombre hacia aquella realidad que le supera. Y todavía otro capítulo puede considerarse preambular respecto del objeto directo de la investigación: el que se asome a las características del lenguaje grecorromano para dar cuenta de las relaciones de los hombres con los dioses. Pues los primeros cristianos vivían en este contexto, eran deudores de la cosmovisión que recibían de él, por lo menos hasta que su fe les marcaba otros rumbos para sus creencias y la correspondiente forma de expresarlas. Las conclusiones se dejan resumir señalando que los griegos no disponían de un lenguaje distinto al interhumano para referirse a sus relaciones con los dioses; y que los romanos designaban como «religio» una actitud y comportamiento hacia éstos subordinada a la «iustitia», pero sin que actualmente se pueda establecer con última claridad por qué sentimientos, experiencias y conductas estaba conformada.

A partir de aquí inicia Feil el dilatado camino que le lleva a indagar las vicisitudes que acompañan al concepto de «religio» en el uso de un largo cortejo de escritores cristianos. Desfilan por esta revisión desde la Vulgata hasta Isidoro de Sevilla en el mundo antiguo; los grandes escolásticos, entre los que incluye a Raimundo Lulio, y que con Gerson dejan paso a los humanistas y los renacentistas: los muy conocidos como Petrarca, el Cusano, Pico della Mirandola o Erasmo, y los menos como Lo-

renzo Valla o Pietro Pomponazzi. La revisión de este primer volumen se cierra con los nombres de los reformadores más importantes.

Este entreacto nos consiente volver la mirada hacia el panorama descubierto hasta ahora. El atento examen de toda esta base documental le permite a Feil sintetizar sus hallazgos en la constatación de que a lo largo de este período de siglos no es posible comprobar una utilización dominante, ni mucho menos exclusiva, de «religio» como designación complexiva o como «superconcepto» bajo el cual se pudieran subsumir las diversas convicciones, tal como ha llegado a ser propio de la Edad Moderna. Pero el autor añade también algunas observaciones complementarias, a las que confiere importancia. Ante todo insiste en que se trata de una selección de posturas, puntos de orientación que no aspiran a ser los más significados; una historia completa de «religio» debería contemplar también su uso en el lenguaje cotidiano y otros documentos.

En segundo lugar, otra complementación debería provenir de la consideración de otros términos a los que se asignaba la función que modernamente recibe «religio»; en concreto, «secta» y «lex». Recuerda, además, el paso posterior de «religio» a significar «orden religiosa», con el consiguiente estrechamiento de significación. La designación de Marsilio Ficino de la religión como «natural» provoca elucubraciones sobre el alcance de este adjetivo. Por último la equiparación, en un determinado momento, de todas las religiones por su común referencia a un marco astrológico demanda también un examen cercano de lo que supone este hecho.

Robustecida por la certidumbre de estas adquisiciones, entra la investigación en su segundo volumen, idéntico al primero en su organización, método y procedimientos. Pero una inseguridad no abandona al autor: la de si los nombres y posturas que recorre su estudio son realmente los más conducentes para su objetivo. Al lector, a su vez, no le queda claro si una parte de la nómina se debe a la intuición o a llamadas de atención de otros especialistas; fuera de toda duda está de todas formas que la parte principal procede de una búsqueda personal, y animada por la esperanza en el éxito, «por los intrincados caminos de la historia».

Así se recupera todavía todo un grupo de humanistas del Renacimiento tardío, desde Juan Luis Vives hasta pisar los umbrales del siglo xvii. Tras un recorrido por la primera generación de la teología protestante, donde el concepto de «religio» está en relación con el de la «recta fe» defendida en las controversias antireformistas, los grandes clásicos de la escolástica española son objeto de especial atención: Vitoria, Soto, Molina, Vázquez, Suárez; se conjetura su relevancia por la reacción demandada por el descubrimiento, colonización y cristianización de América, y el consiguiente encuentro con las religiones autóctonas; sin que estos hechos, con todo, supusieran modificaciones en la doctrina recibida de Aquino y la alta Edad Media. La mirada se dirige a continuación a un contexto relativamente inesperado: el político, en el cual también el interés y esfuerzo por el bienestar de los ciudadanos quedaba afectado, no en último lugar, por los enfrentamientos en torno a la fe. El penúltimo colectivo interrogado es el de algunos teólogos implicados también en controversias confesionales, antes de pasar a examinar los inicios de una «religio naturalis», cuyos comienzos se puede documentar ya a fines del siglo xvi, antecedentes de la que recibirá un nuevo impulso al surgir la Ilustración.

Con ello estamos de nuevo en situación de escuchar a Feil acerca de sus hallazgos en el itinerario seguido en esta segunda parte. Si queremos condensar en pocas palabras sus diez densas páginas de conclusiones, el resultado es que no hay un resultado unívoco. Menos todavía que en las épocas anteriores, no hay base en ésta para establecer un desarrollo continuado en el concepto de «religio» y las representaciones que lo acompañan. Se priva de base con esto a etiquetaciones como las que

ha sido habitual repartir tanto a campos restringidos de análisis como a áreas culturales mayores (averroísmo, aristotelismo...). Ni hay base para afirmar en el siglo xv, con algunos estudiosos a partir del xix, el surgimiento de una «docta religio». En resumen, y aun insistiendo en que las ya muy copiosas fuentes consultadas podrían ser ampliadas por ejemplo en el prometedor terreno de la literatura, «hasta finales del siglo xvi y más allá se ha mantenido [para el término «religio»] sin duda aquel significado originario clásico-romano que todavía no ofrece ningún tránsito a una acepción moderna, sea como fuere que ésta pueda ser determinada en concreto».

¿Un final sorprendente? No cabe duda de que ha podido serlo para quien se dejara guiar de determinadas visiones simplificadoras, excesivamente continuistas o poco atentas a las diferencias de carga semántica que diferentes contextos y marcos de utilización introducen en un mismo vocablo. Entre tanto, el trabajo de Feil ha encontrado una positiva acogida en los más altos círculos de especialistas, no sin ir acompañado, en ocasiones, de la franca concesión «tenemos que modificar nuestras posturas». Quien, como el firmante, no pertenece a esos altos círculos, advierte de todas maneras sobresalientes motivos para adherirse a esa opinión. Abona el resultado el cuidadoso rigor en el tratamiento de los ingentes materiales, con todo lo que éste implica: datación, identificación de los autores, fijación del contexto inmediato, señalamiento de las líneas intencionales de los escritos, atención a las exigencias filológicas... La abundante reproducción de párrafos originales en notas permite verificar la propiedad de la interpretación. Las recapitulaciones, no sólo por épocas, sino por grupos de autores estudiados dotados de una cierta connotación común, fragmentan la exposición facilitando la visibilización de esos rasgos compartidos y el relanzamiento de la cuestión hacia el grupo siguiente.

En suma, una investigación que no se podrá pasar por alto en la continuación de los estudios sobre la religión, sin que a este augurio obste el que algunos de sus resultados hubieran de ser discutidos o corregidos. Incluso en esta etapa previa a su total culminación, merece gratitud y reconocimiento Ernst Feil por la larga y tenaz dedicación que le ha consagrado.